



El mar de los desterrados

Desde Unamuno hasta los poetas hispanomexicanos

Bernard Sicot

Continuo e incansable, como las olas, fue el quehacer de los poetas que, obligados a dejar su país, hicieron del nuestro esa otra tierra suya. “Sobre mi carne, el mar” escribió León Felipe en uno de sus versos luminosos. Y fue precisamente el mar, en su enormidad, lo que unió a España su pluma y su alma desterradas. Bernard Sicot —profesor de la Universidad de París X, Nanterre— hace, en este magnífico ensayo leído en la Facultad de Filosofía y Letras el pasado 12 de octubre, una revisión del trabajo creador de aquellos exiliados que hicieron de la poesía su verdadera patria.

A los poetas hispanomexicanos

Universal, milenaria, inevitable, la presencia del mar en la poesía del exilio es un hecho de tal magnitud y evidencia que, de puro sabido, quizás no ha requerido suficientemente nuestra atención. Sin embargo, por su abundancia polifacética y su polivalencia semántica, el tema marino me parece una de las marcas más significativas y distintivas de la poesía *del* exilio: la que en el exilio se escribe y que del exilio habla. A pesar de la imposibilidad —frente a la dimensión doblemente “oceánica del tema”¹— de poder corroborarlo con un estudio cuantitativo, a ojo de buen cubero me arriesgaría a emitir una hipótesis según la cual la presencia del

mar, en las obras de los poetas más representativos del exilio, es mucho mayor y de más peso que la del sol.

Haciendo uso de un bello título —“el sol de los desterrados” que, en homenaje al gran crítico, me permito retomar—, Claudio Guillén recordaba que el astro solar era el más brillante símbolo de los cínicos y estoicos ya que el exilio —con su correspondiente sombra— no les podía privar ni de su luz ni de su calor, cualquiera que fuera el lugar de la tierra donde se cayeran. En otros, citaba Guillén a Séneca y a Epitecto y llegaba a estas palabras de Pietro Bacci, en las que el Aretino, en su exilio o quizás, mejor, “transtierro” de Venecia,² confiere al

¹ Tomo esta expresión de Claudio Guillén en *El sol de los desterrados: literatura y exilio*, Barcelona, Quaderns Crema, 1995, p. 11.

² Frente a la oposición manifestada en contra suya por ciertos miembros de la corte del papa Adrián VI, Pietro Bacci (1492-1556) tuvo que salir de Roma en 1527 para instalarse en Venecia, ciudad en la que escribió la mayor parte de sus obras y donde murió en 1556.

...el exilio como clamor, como furor, como inmensa ola perenne, sin cesar repetida, nunca se acaba...

sol esa capacidad de borrar el destierro y la atribuye asimismo a la blancura de la luna y al esplendor de las estrellas: “por todo calor el sol, por toda blancura la luna, por todo esplendor las estrellas, ésta es la verdadera patria, la que verdaderamente nos acoge”.³ A esta breve enumeración de las riquezas cósmicas del desterrado —sol, luna y estrellas— convendría añadirle otros elementos. Algunos, por ejemplo, de la naturaleza terrestre y uno de los de mayor peso polisémico sería el mar que, entre otras cosas, no sólo es presencia fiel y consuelo del exiliado, como el sol, sino también principio y fin del exilio, camino de ida y camino de vuelta, elemento separador y al mismo tiempo unificador de ambas orillas, espejo de la infancia, mujer y madre, origen y muerte o, simplemente, por su extensión y desnudez, imagen primera, desde los tiempos más remotos, del exilio y del viaje peligroso.

* * *

Ya en los albores de la civilización y de la literatura, Gilgamesh, héroe épico de Mesopotamia, en cierta forma un Ulises *avant la lettre*, hubo de “[tomar] un largo camino y vag[ar] por la estepa”,⁴ pero en sus andanzas le fue inevitable enfrentarse al mar y el texto del poema babilonio ya coloca juntos, en una forma que poéticamente se me hace significativa, el mar y el desierto que llegarán, con el tiempo, a ser sendos símbolos del exilio. Con insistencia, el errante Gilgamesh pregunta a “la tabernera, que mora / a la orilla del océano”⁵ si tendrá él que emprender la peligrosa travesía:

[¡Dime] si es necesario
atravesar el mar!
[¡Dime] si es necesario
cruzar el desierto!⁶

Miles de años después, equiparando la visión de su desértica tierra de exilio —Tomis, a orillas del Mar Negro— con la del mar, Ovidio escribía, en una epístola a Fabia su mujer:

³ Citado por Claudio Guillén, *op. cit.*, p. 88: “pertutto scalda il sole, pertutto imbianca la luna, pertutto splendono le stelle, e quella è vera patria, che veramente ci accoglie” (la traducción es mía. Salvo mención contraria, traduzco también todas las citas ulteriores).

⁴ *Gilgamesh o la angustia por la muerte, poema babilonio*, México, El Colegio de México, 1996, 3ª ed. corregida, traducción directa del acadio, introducción y notas de Jorge Silva, p. 144.

⁵ *Ibid.*, p. 141.

⁶ *Ibid.*, p. 145.

Raro es el árbol, y aun éste infeliz, que destaca en los campos, y la tierra no es sino otra imagen del mar.⁷

Y se lo repetía a Sexto Pompeyo, su protector en Roma, declarándose:

[...], sin casa, sin patria y sin el mirar de los [suyos], náufrago echado en el mar del gético litoral.⁸

Por otra parte, bien sabido es que desde Homero y la *Odisea*, los más antiguos mitos del exilio en cuanto viaje —Ulises, Penélope, Ítaca— están directamente vinculados con el mar. A lo largo de los siglos, llegan hasta nosotros con distintos valores, desde todas las literaturas: por ejemplo, a través de Du Bellay, el angevino exiliado en Roma, que expresaba la felicidad del retorno a su pueblo natal evocando a Ulises (“Feliz quien, como Ulises, hizo un bello viaje”),⁹ a través de Joyce con su título homérico, para llegar a Cernuda que, desde aquí en 1961, recurría a los mismos nombres míticos, pero con la peculiaridad de cambiarles el signo en su empeño de expresar, contrariamente a la tradición, una voluntad de no retorno. Así, en el ya famoso poema “Peregrino” una voz cuyo timbre, como es habitual en *La realidad y el deseo*, se ajusta bastante al del propio poeta, evoca una total soledad, un completo desarraigo y una vocación de exilio, declarando al que la profiere:

Disponible por siempre, mozo o viejo
Sin hijo que [le] busque, como a Uises,
Sin Ítaca que aguarde y sin Penélope.¹⁰

Más cerca de nosotros, Tomás Segovia y Ramón Xirau, exiliados de la segunda generación, también recurren a estos habituales mitos.

El primero, para quien el exilio no es tema sino condición, ya en *Historias y poemas* (1958-1967) veía en la “mujer mendiga pródiga” el “puerto del loco Uises”¹¹ y, en *Anagnórisis* importante poemario de 1964-1967, escribía:

⁷ “Cartas del Ponto”, en *Tristes. Cartas del Ponto*, Madrid, Alianza Editorial, 2002, tr. y ed. a cargo de Rafael Herrera Montero, p. 225.

⁸ *Ibid.*, p. 256.

⁹ “Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage”, *Les Regrets*, en *Poètes du XVII^e siècle*, París, La Pléiade, 1953, ed. a cargo de Albert-Marie Schmidt, p. 458.

¹⁰ “Peregrino”, *Desolación de la quimera, Poesía completa*, Madrid, Siruela, 1993, ed. a cargo de Derek Harris y Luis Maristany, p. 531.

¹¹ “Dime mujer”, *Poesía (1943-1997)*, México/Madrid, FCE, 1998, p. 217.

[...] de nuevo estoy en tierra
la travesía vuelve siempre Ítaca
todo es Ítaca todo es el presente.¹²

Mucho más tarde, un soneto votivo de *Noticia Natural* (1992) se refiere a “una perversa Ítaca de olores”¹³ y, en el poema inaugural de *Fiel imagen* (1993-1995), la voz poética —nunca mejor dicho— consideraba “A [su] suelo natal dicharachero / A [su] sembrada Ítaca de voces”,¹⁴ como el único lugar de retorno digno de ella. Usos metafóricos ciertamente, pero que no dejan de ser significativos —por naturales y reiterados— en una obra que tantas veces recurre al léxico del exilio.

Por su lado, Ramón Xirau en *El espejo enterrado* [*L'espill soterrat*], poemario de 1954, al evocar el Mediterráneo

de su infancia, fuertemente anclado en sus recuerdos, también alude al viejo mito, sustantivándolo:

Mar azul, azul, te tengo en la memoria:
idea pura y, seguramente, viva desnudez
de las aguas del corazón que se arrastran,
mar de simples ulises, ¡marineros de alga!¹⁵

Y, en 1986, en *Pájaros* [*Ocells*], al hacer remontar a Grecia y a sus islas una verdad nuestra —familiar: “Píndaro viejo”— y universal, por lo menos en Occidente, apuntaba también al origen de los mitos:

¹⁵ “Las naos” [“Las naves”], *L'espill soterrat*, en Bernard Sicot, *Ecos del exilio. 13 poetas hispanomexicanos. Antología*, A Coruña, Edicions do Castro, 2003, p. 54: “Mar blava, blava, et tinc en la memòria: / idea pura i, cert, nuesa viva / de las aigües del cor que s'hi remolquen, / mar d'ulisses senzills, mariners d'alga!”. La traducción es de Joseph Farré, catedrático de la Universidad de París x-Nanterre.

A partir de ahora, las referencias a esta antología se harán abreviando el título en *Antología*, sin mención del antólogo.

¹² *Ibid.*, p. 284. Sin pretender, ni mucho menos, ser exhaustivo en este punto a propósito de Tomás Segovia, señalo, también en *Anagnórisis*, otro bello texto —en prosa— titulado “Ulises”, *ibid.*, pp. 305-306.

¹³ *Ibid.*, p. 659.

¹⁴ “Ceremonial del moroso”, *ibid.*, p. 678.



Joaquín Sorolla, *Niñas en el mar*, 1909

Nuestra verdad, la de toda la tierra
es griega, Píndaro viejo, griegas las islas.¹⁶

En 1945, en el texto introductorio a su antología titulada *El mar en la poesía española*, José Manuel Blecua opinaba que “[los] Argonautas dejaron pocas huellas en la poesía española, lo mismo que las aventuras marinas de Ulises”¹⁷ y es verdad que la rica cosecha —o pesca— del antólogo recoge pocos poemas que hagan uso de los mitos homéricos de los que estamos hablando. Serán suficientes los ejemplos anteriores para mostrar cómo la poesía del exilio, ulterior a la guerra civil, tiende a modificar lo que Blecua presenta como una tendencia general, en una fecha en la que, por obvias razones, no otra cosa podía decir. La reorientación de la tendencia se refuerza si tomamos también en consideración la presencia de las sirenas en un poema de Cernuda —“Las sirenas”— en el que éste se asombra del poder de “[aquella] canción misma que resistiera Ulises”,¹⁸ manifiesta su propio rechazo a lo que podría interrumpir o detener el viaje errante del desterrado y, dubitativo, pregunta: “¿Una sola canción puede cambiar así la vida?”¹⁹ Y se me hace que el poeta

¹⁶ “Palabras”, *Ocells, Antología, op. cit.*, p. 81: “La nostra veritat, la de toda la terra, / és grega, Píndar vell, gregues las illes” (tr. Joseph Farré).

¹⁷ José Manuel Blecua, *El mar en la poesía española*, Madrid, Hispánica, 1945, p. 38.

¹⁸ “Las sirenas”, *Poesía completa, op. cit.*, p. 494.

¹⁹ *Ibid.*, p. 495.



Joaquín Sorolla, *Paseo a las orillas del mar*, 1909

sevillano podía tener presente, al escribir su poema, el que Fray Luis de León tituló de igual manera y donde se puede leer el siguiente consejo:

Imita al alto griego,
que sabio no aplicó la noble entena
al enemigo ruego
de la blanda Serena;
por do siglos mil su fama suena,

y cuya última estrofa reza:

Si a ti se presentare,
los ojos sabio cierra; firme atapa
la oreja, si llamare;
si prendiera la capa,
huye; que sólo el que huye escapa.²⁰

Al acabarse los viajes marítimos en la segunda mitad del siglo xx, podría temerse el fin de algunos aspectos de la tradicional vertiente literaria del exilio vinculada a la temática marina y a los mitos seculares del mar, o que el recurrir a éstos resultara cada vez más difícil. Pero, en la medida en que el exilio como clamor, como furor, como inmensa ola perenne, sin cesar repetida, nunca se acaba, tal como lo recuerda Saint-John Perse en *Exil*, es de suponer que los poetas sabrán buscar, y encontrar, su nueva simbología necesaria, ya anunciada hoy en trenes y estaciones, en aviones y aeropuertos, mañana quizás en autopistas. Sin embargo, el hecho es que el exilio republicano español de 1939 y sus míticos barcos (*Sinaia, Mexique, Ipanema, Winnipeg...*) aparece ya como uno de los últimos capítulos de la literatura exílica directamente relacionado con este aspecto de la tradición marítima.

Atribuyéndole su significado más literal, conviene recordar que el mar primero de los refugiados republicanos españoles de 1939 no fue el que los barcos míticos ya aludidos surcaron entonces. Fue principalmente el Mediterráneo. Primero el español cuando el gobierno de la República con sus fuerzas vivas, sus políticos, intelectuales y escritores entre otros, se vieron empujados por vientos contrarios hacia el litoral: Valencia y Barcelona, primeras etapas de un largo errar, antesalas del exilio. O Alicante cuando los vencidos de Levante tuvieron que abandonar la Península, escapando por el mar. Un poema de Francisca Perujo, poeta hispano-

²⁰ José Manuel Blecua, *op. cit.*, pp. 93 y 94. En la misma línea temática estarían estos versos de Manuel Machado, en el poema titulado “Marina”: “Sólo viajar es vivir. / No sé dónde voy a ir, / e ignoro si volveré” (*ibid.*, p. 262).

mexicana, evoca aquel momento trágico, de esperanza y desesperación a la vez, que vivieron unos hombres de mirada expectante, a la espera de los barcos salvadores y dispuestos a todo en su huida, incluso a un retorno anticipado al mar que es la muerte:

A los muelles de Alicante la primavera
llegaba con la brisa.
Había gaviotas.
El sol calentaba los cuerpos.
Milicianos en jirones, civiles en harapos
quemaban noche y día los ojos
—lo que les quedaba—
traspasando el horizonte mediterráneo
o un punto
un barco
única esperanza.

Los otros venían de tierra adentro.
Ellos los conocían.
Muchos prefirieron el mar sin barcos.²¹

Luego apareció el Mediterráneo francés: el de las playas de Saint-Cyprien, Argelès-sur-Mer o Barcarès que, desde los campos de concentración, decenas de miles de refugiados —presos de la República francesa—, pudieron contemplar durante semanas o meses. Era entonces ese mar la barrera infranqueable que, a un lado de la playa —desierto (ya) con arena del mar—²² hacía innecesarias las alambradas y era, al mismo tiempo, la imagen de una hipotética libertad anhelada. Se trataba de un horizonte abierto hacia un segundo exilio sinónimo, en aquellas circunstancias como en Alicante, de libertad. Y cuando, al pasar el tiempo, ésta se hacía para algunos más improbable, era también, literalmente para algunos, el camino de un viaje sin barco, hacia el suicidio y la muerte.²³ Ignoro hasta qué punto esta larga convivencia con el mar pudo influir en los poetas o escritores que pasaron por los campos, pero supongo que habrá marcado a todos los que vivieron aquella experiencia nefasta y humillante. Lo que está claro es que aque-

²¹ “Herencia compartida”, *Manuscrito en Milán* [1985], *Antología*, *op. cit.*, p.358.

²² Cf. Celso Amieva: “¿otra cosa que arena es el exilio?”, *Poeta en la arena*, México D. F., Ecuador 0° 0' 0", 1964, s/p.

²³ Cuando me encontraba escribiendo estas líneas cayó en mis manos un poema, inédito, con más valor documental que poético, titulado “Él que se fue a Méjico” y que no carece de interés. Su autor: Luis Bonet, ex preso del campo de Saint-Cyprien. Cito las estrofas 1, 3, 4 y 5: “Así lo vimos partir. / Dos maletas en las manos, / el paso bien decidido, / adentrándose en el mar / y gritando sin parar: / ¡me voy a Méjico hermanos! // [...] // Miles de ojos le vieron / paso a paso, poco a poco, / cómo desaparecía, / cómo las aguas venían / de aquella, su decisión. // [...] // Y yo sueño imaginando / que llegó a realizar / aquello que decidió / y que le costó la vida. // Que su alma, hoy se pasea / libre, feliz y ligera, / por las tierras mejicanas / donde vivir eligiera!...”



Joaquín Sorolla, *Saliendo del baño*, 1908

llos suicidios hacen recordar lo que Gaston Bachelard, más o menos en la misma época, apuntaba al escribir que “el agua es [...] una invitación a morir” y que su contemplación hace brotar “sueños interminables del destino funesto, de la muerte, del suicidio [...]”²⁴

Manuel Andújar, que estuvo en Saint-Cyprien plage, ha dejado del mar visto desde un campo de concentración, en un libro epónimo publicado en 1942 en la Ciudad de México, un testimonio poético, el texto titulado “La mejor victoria del mar” en el que, contrariamente a lo que podía ocurrir en Alicante y a pesar de las circunstancias, lo que predomina es la imagen de un derroche de vida y de fuerza, subrayado por verbos como “bramar”, “deshacerse / reorganizarse”, capaz de comunicarse a los vencidos y humillados españoles:

La llovizna preside la jornada. Las barracas otean la línea montañosa y se adelantan, en paralelas filas indias, hasta una distancia prudencial de la playa.

²⁴ Gaston Bachelard, *L'eau et les rêves. Essai sur l'imaginaire de la matière* [1942], París, Corti, 1972, respectivamente, pp. 77 y 122: “L'eau est ainsi une invitation à mourir; [...]”; “les rêveries interminables du destin funeste, de la mort, du suicide [...]” (la traducción es mía).

Nunca como en esta ocasión bramaron, deshaciéndose, reorganizándose, las olas que os salpican de espuma y producen una insólita riqueza de formas y colores favorables para ejercitar la fantasía.

En sus bordes, tolerando que les humedezcan los talones, con desdén de las recias gotas que empapan los capotes, numerosos grupos las contemplan, prolongadamente...

Quizás fue ésta la más enorme victoria del mar en el curso de los milenios.²⁵

En esta, como hipnotizada y larga contemplación del mar enfurecido, que recuerda al Victor Hugo exiliado “[meditando] sobre la sublevación eterna de las aguas contra el litoral y de las imposturas contra la verdad”,²⁶ cabrá leerse la identificación entre la cólera reprimida de los concentrados y la que el mar expresa; pero también una incipiente intimidad, complicidad, entre el mar y los que se encontraban al mismo tiempo exiliados y encarcelados: dos veces en el exilio, intimidad que volveremos a encontrar.

²⁵ Manuel Andújar, *St. Cyprien, plage...* (*Campo de concentración*), México, Cuadernos del destierro, 1942. La cita corresponde a la p. 71 de la segunda edición, a cargo de A. Mancheño Ferreras: Huelva, Diputación Provincial, 1989. Desde hace poco también se dispone de una excelente versión francesa con amplio prólogo, los dos a cargo de Rose Duroux: *Saint-Cyprien, plage...*, Clermont-Ferrand, Presses Universitaires Blaise Pascal, 2003.

²⁶ Victor Hugo, *Pendant l'Exil*, París, Nelson Éditeurs, s. f., p. 24: “Qu’il médite [le proscrit] sur l’émeute éternelle des flots contre le rivage et des impostures contre la vérité”.

De los campos hacia la libertad, muchos saldrán por el mar, y en barco, especialmente hacia México. Y si los viajes de travesía del Atlántico cobraron valor épico, fue en gran parte gracias a los poetas y al éxito de algunos textos antológicos como son, por ejemplo, “Entre España y México” de Pedro Garfías o “Nos trajeron las ondas” de José Moreno Villa. El primero, compuesto a bordo del *Sinaia*, evoca un mar que es camino, de ida hacia la “nueva España” de Lázaro Cárdenas (la que no pudo ser en la Península) y de vuelta, inevitable y pronta, hacia la “vieja”, la de Franco, con un ímpetu de reconquista que tal vez también animaba a Alberti cuando éste preguntaba, en “Puertas cerradas”:

¿Quién más que el mar, quién más que el mar alta
puede poner caballo a la desdicha
y una daga de sal entre los dientes?²⁷

haciéndole eco a Garfías, iluso profeta, como la mayoría de los republicanos:

[...] un día volve remos, más veloces,
sobre la densa y poderosa espalda
de este mar, con los brazos ondeantes
y el latido del mar en la garganta.²⁸

²⁷ *Pleamar, Obras completas*, Poesía 1939-1963, t. II, Madrid, Aguilar, 1988, p. 213.

²⁸ “Entre España y México”, *Poesías completas*, Madrid, Editorial Alpuerto, 1997, ed. a cargo de Francisco Moreno Gómez, p. 297.



Joaquín Sorolla, *Niña con lazo azul*, 1908

...el mar no sólo ejerce el papel de remedio contra muchos de los males padecidos por el exiliado, también aparece como una necesidad, una fuerza de atracción casi magnética.

Pe ro conviene notar que, además de esta viril promesa amenazante, que acabará siendo irrealizable, el poema ofrece ya versos de contemplación de la doble inmensidad ondulante, la del mar y la del cielo, con unas insinuaciones de feminidad como encontrare mos más tarde en otros ejemplos:

Repite el mar sus cóncavos azules,
repite el cielo sus tranquilas aguas
y entre el cielo y el mar ensayan vuelos
de análoga ambición, nuestras miradas.²⁹

En forma bastante contraria, que recuerda un soneto del olvidado Gutierre de Cetina,³⁰ “Nos trajeron las ondas”, de Moreno Villa, evoca, tiempo después, un destino impuesto por las mismas circunstancias, pero pasivamente aceptado. Se reitera la expresión de un destino que ni los poderes del mar ni las perspectivas paradisíacas de la revolución cardenista —ansiadamente esperadas por Ga rffias, con “sus indios de clara estirpe”, sus “campesinos con tierras”, “simientes” y “máquinas”, sus “proletarios gigantes de anchas manos”³¹— son susceptibles de transformar en viaje heroico:

No vinimos acá, nos trajeron las ondas.
Confusa marejada, con un sentido arcano,
impuso el derrotero a nuestros pies sumisos.

Nos trajeron las ondas que viven en misterio,
las fuerzas ondulantes que animan el destino,
los poderes ocultos en la mano celeste.
[...]
No pensamos venir, nos trajeron las ondas.³²

Y si el sentido del viaje de ida es borroso —“confuso”, “arcano”, “misterioso”, “oculto”, en palabras del poeta— tampoco aparece el de vuelta como la consecuencia de una voluntad insobornable:

²⁹ *Ibid.*

³⁰ “van las ondas do el viento las envía / y las de mi vivir do quiere el hado”, José Manuel Blecua, *op. cit.*, p. 85.

³¹ “Entre España y México”, *Poesías completas, op. cit.*, p. 297.

³² *Poesías completas*, Madrid, El Colegio de México / Residencia de Estudiantes, 1998, ed. a cargo de Javier Pérez de Ayala, pp. 493-495.

Nos llevarán las ondas sin querer o queriendo.³³

Pero, al ser primero camino para el viaje de ida, el océano es ante todo la inmensidad que se interpone entre la patria abandonada y la tierra de acogida: “Y nos separa el mar / hostil pero tan bello” anota Ernestina de Champourcin en un poema titulado “Alta mar”.³⁴ Por su lado, cuando Juan Panadero, personaje poético de la obra de Alberti, se pone a cantar, tiene plena conciencia de hacerlo desde “[el] otro lado del mar”³⁵ y la voz del propio poeta tiene que intentar salvar la inmensidad marina si quiere hacerse oír en España:

Por encima del mar voy de nuevo a cantarte.³⁶

A pesar de este delgado hilo sonoro, tejido —no sin dificultad— por el canto poético (a veces imperceptible en España), insuficiente para unir lo perdido y el lugar de recaída del exiliado, lo más doloroso será para algunos la imposibilidad de tocar con los pies la provincia natal (Juan José Domenchina) o, simplemente, de poder volver a ver la tierra de uno, como en el caso de Moreno Villa que, además, en forma muy orteguiana, ve en el mar el elemento escindidor no sólo del espacio sino también del ser:

Yace tu tierra más allá del agua.
Nunca más tus ojos volverán a verla.

Ésa tu tierra —te dirán— es de polvo,
como todas las patrias del mundo.
Pero, no. Tu tierra es la fórmula
ar chicompleta de tu ser. Eres tú.
Eres tú quien quedó más allá de las aguas.
Nunca más te verás.³⁷

³³ *Ibid.*, p. 497.

³⁴ Ernestina de Champourcin, *Poesía a través del tiempo*, Barcelona, Anthropos, 1991, ed. y prólogo de José Ángel Ascunce, p. 354.

³⁵ Rafael Alberti, “Coplas de Juan Panadero”, en *Poesía 1939-1963, op. cit.*, p. 562.

³⁶ “Por encima del mar, desde la orilla americana del Atlántico”, *Ora marítima, ibid.*, p. 647.

³⁷ José Moreno Villa, “Tu tierra”, *Poesías completas, op. cit.*, p. 454.



Joaquín Sorolla, *Saliendo del baño*, 1915

Preso en el campo de concentración de Djelfa, en el sur de Argelia, no lejos del Sahara, más que nadie Max Aub —que también fue poeta— sintió y expresó, evocando el “Estrecho”³⁸ de Gibraltar que separa África de Europa o el puerto de Argel al norte,³⁹ la necesidad de refrescarse con el contacto del agua deseada y necesaria, real o metafórica. Entonces escribe este verso en su *Diario de Djelfa*: “España, mi agua. España, mi mar”,⁴⁰ doble o triplemente hipocorístico (*mi agua / mi mar; mi mar / mimar*), en el que se establece ya la equivalencia entre la mar y la patria, ambas proveedoras de vida, equivalencia que vuelve ramos a encontrar en palabras de Juan Ramón Jiménez. Pero, por otro lado, desde el sur y las alambradas, no se le escapa, con tanto espacio vacío de por medio, la dificultad del reencuentro con la Península “[a]llá envuelta en en [su] mar inaccesible”.⁴¹ Añade,

³⁸ “Salmo cxxxii”, *Diario de Djelfa* [1944], Valencia, Editorial Denes, col. de poesía “Edicions de la Guerra y Café malvarrosa”, ed. a cargo de Xelo Candel Vila, 1998, p. 110.

³⁹ “Mora”, *ibid.*, p. 124.

⁴⁰ “Tres años”, *ibid.*, p. 49.

⁴¹ “Plegaria a España”, *ibid.*, p. 114.

enfático y prestando su voz a todos los republicanos de allende los mares:

Nosotros somos tuyos, España, en el destierro.
 Quisiéramos tener manos en tus costados,
 Brazos por encima del Océano.
 [...]
 ¡Oh! lejanos, lejanos desterrados.
 Ven a salvarnos,
 ¡Oh, España!, haznos tornar.⁴²

Y la pregunta, no tan bizantina, que se formula Max Aub a propósito de todas las orillas, y lo son las playas, fin de la tierra o principio del mar —“La playa ¿es orilla / de la mar o de la tierra?”⁴³ Francisca Perujo, también volverá a planteársela a su manera:

¿Cuáles las márgenes del vacío?
 [...]

⁴² *Ibid.*, p. 115.

⁴³ *Antología, op. cit.*, p. 30.

¿Quién tiene una orilla cierta
aquí,
ahora?⁴⁴

Sin embargo, antes de ser inciertos los márgenes y las orillas del mar del destierro, corresponden a los límites de un vacío seguro, definidor de inaccesibilidad, sólo salvable, en el poema de Aub, por la fuerza pequeña de las palabras: “por encima de”, “al otro lado”, “más allá”.

Para los hispanomexicanos, igual que para los que les precedieron, nada viene a colmar el espacio abierto por el mar, espacio que, en la poesía del exilio, se interpone al amor, no entre dos seres como es tópico en la poesía del mar, sino entre un ser y su tierra de origen, tanto más amada cuanto más inaccesible y difícilmente recordable. Con nostalgia de beso, Enrique de Rivas exclama: “Qué dos orillas / nunca / como labios cerrándose”.⁴⁵ Y a este “nunca”, le hace eco el “siempre” de José Pascual Buxó:

Detrás del mar
está España.
[...]
Detrás del mar
detrás siempre.⁴⁶

Márgenes, orillas, las playas del mar son también raya entre vida y muerte, no sólo para los presos de los campos de concentración, sino también para César Rodríguez Chicharro que así expresa el deseo de morir cerca del mar, quizás en un último intento de acercamiento al país añorado:

Cruzar una raya
y después morir,
morir en la playa...

¡Qué importa qué playa!
¡En la playa!⁴⁷

Los poetas de la segunda generación del exilio republicano, especialmente los hispanomexicanos, tuvieron en Unamuno, en Juan Ramón Jiménez y en los exiliados de la Generación del 27 ilustres predecesores en el recurso del mar como compañero fiel o patria del exiliado. Pedro Salinas dedicó en el exilio, en 1946, con *El contemplado*, un poemario entero al mar. Se trata de una obra en la que lo que se lee, entre otras cosas, es el con-

suelo de una contemplación reparadora del desgarrón espacial y quizás temporal, ya que proveedora de “la extensión sedosa de una duración” y de “la seguridad de una materia”, para utilizar palabras que el crítico Jean-Pierre Richard aplica a *Amers*, de Saint-John Perse.⁴⁸ Pero, en el poemario de Salinas, también se lee una fidelidad que, como la del sol de los cínicos, no puede fallar. Más: este mar, con su paraíso azul es la negación del infierno, el del exilio, y esta fidelidad, vencedora de la soledad, llega a ser la fidelidad inquebrantable de una amistad en la que un “yo” y un “tú” se encuentran y se juntan, como en estos versos:

Cada vez que fui en tu busca,
allí te encontré, en tu gloria,
la que nunca me ha fallado.
Tu azul por azul se explica:
color azul, paraíso;
y mirarte a tí, mirarlo.⁴⁹

Encuentro entre dos seres que también se puede dar, en forma más íntima, amistosa y doméstica, en la poesía de Albert i:

⁴⁸ Jean-Pierre Richard, *op. cit.*, p. 79.

⁴⁹ “Variación 1. Azules”, *El contemplado. Tema con variaciones. Poesías completas*, Barcelona, Editorial Lumen, 2000, ed. a cargo de Soledad Salinas de Marichal, p. 665.



Joaquín Sorolla, *La hora del baño*, 1909

⁴⁴ “Márgenes”, *ibid.*, p. 355.

⁴⁵ “Puente roto”, *ibid.*, p. 314.

⁴⁶ “Dos romances a España”, *ibid.*, p. 279.

⁴⁷ “Cruzar una raya”, *ibid.*, p. 260.

Siéntate, mar, y vamos
a contarnos la vida a la luz de la lámpara.⁵⁰

Al hablar de una “busca”, Salinas le añade otra característica: el mar no sólo ejerce el papel de remedio contra muchos de los males padecidos por el exiliado, también aparece como una necesidad, una fuerza de atracción casi magnética. El maravilloso mar fascina, llama al exiliado que, al volver a verlo, cumple con una tendencia o inclinación natural, la de la “querencia”:

Es una querencia, un ansia
de volver a ver, a verte,
de seguirte contemplando.⁵¹

Esta intimidad del desterrado y del mar, expresada ya en términos casi amorosos, es el encuentro de dos soledades que se atraen mutuamente antes de ser una victoria contra la soledad.

Si resulta tan poderosa esta atracción es que el mar, solitario y desnudo, es también el espejo del abandono y la soledad en los que se encuentra sumido el ser exiliado. Son almas gemelas que tienen en común una inmensa soledad intercambiable. José Bergamín reitera con insistencia, en los brevísimos poemas de *Canto rodado*, esta soledad total enfatizada. La palabra “soledad” puede tender entonces a llenar el espacio poemá-

tico, a hacerse materia fonética exclusiva. En el terceto siguiente, su sistema vocálico —o-e-a— se extiende a la totalidad de los versos. Sus vocales abiertas y su consonante líquida se repiten en la rima —“ola” / “sola”—, “mar” tiene un eco en “más” y la fuerte acentuación del último verso — “soledád más sôla” — subraya un énfasis creciente:

La soledad de la ola
en la soledad del mar
es la soledad más sola.⁵²

Soledad que también es la del poeta:

Estaba escuchando el mar
y me sentía más solo
que oyéndote a ti llorar.⁵³

y que se extiende a lo cósmico, así como al fuego en la chimenea, equivalente a la llama de la vela de la que hablaba Bachelard:

Las olas están tan solas
en el mar, como en el cielo
están solas las estrellas
y las llamas en el fuego.⁵⁴

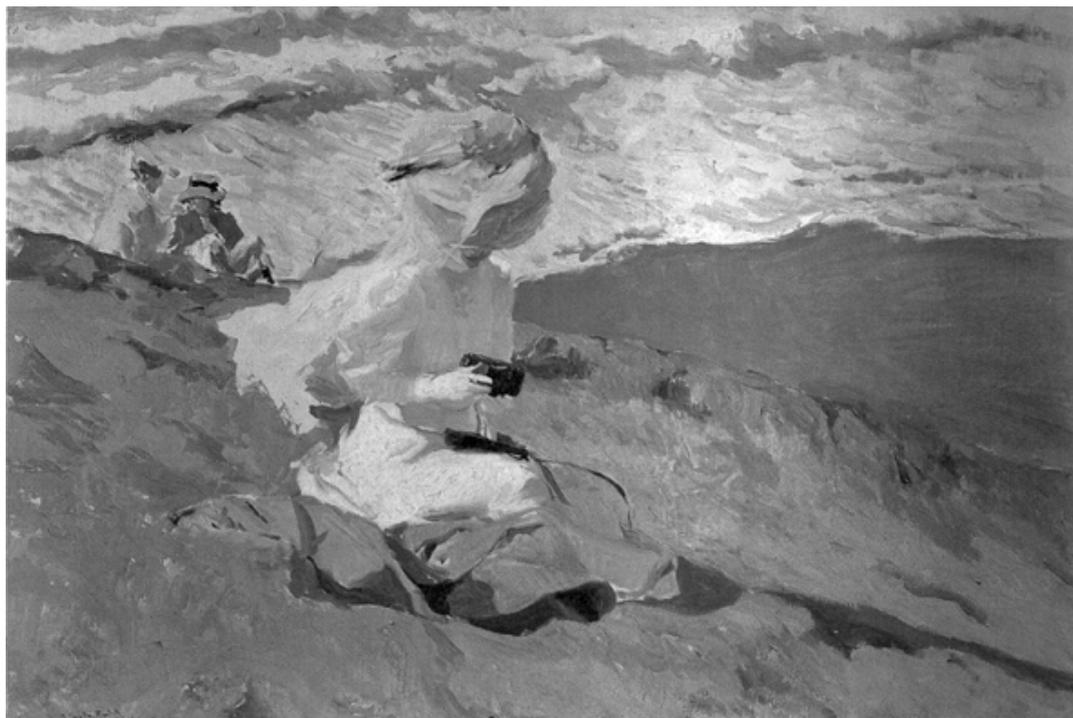
⁵⁰ “Arión (versos sueltos del mar)”, *Pleamar*, op. cit., p. 182.

⁵¹ “Variación XIII. Presagio”, *Poesías completas*, op. cit., p. 704.

⁵² *Canto rodado. Poesía*, vi, Madrid, Ediciones Turner, 1984, p. 17.

⁵³ *Ibid.*, p. 34.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 243.



Joaquín Sorolla, *Instantánea. Biarritz*, 1906

...el mar que, entre otras cosas, no sólo es presencia fiel y consuelo del exiliado, como el sol, sino también principio y fin del exilio, camino de ida y camino de vuelta, elemento separador y al mismo tiempo unificador de ambas orillas...

Para Bachelard, era la llama de la vela la que “acrecientaba la soledad del soñador”⁵⁵ y no la de la chimenea que supone —decía— cierta actividad por parte del que cuida del fuego. Pero bien libre era Bergamín, como lo es el lector, de proyectar su soledad hasta en una hoguera.

Unamuno, a quien conviene no olvidar dentro de los grandes poetas del siglo XX y que fue el desterrado más prestigioso de la dictadura de Primo de Rivera, podía, desde Hendaya en el País Vasco francés, contemplar un mar que, quizás por su proximidad con el de Bilbao, dejaba de ser el símbolo de la soledad. Se trata principalmente de un mar que cura las heridas recibidas en tierra y ese papel de curandera, de madre atenta y cariñosa, hace brotar sueños de vida incipiente, protegida, rodeada:

La mar posada me compone el alma
rota por el combate
de la tierra;
[...]
La mar, la mar, la mar..., la vida en cuna.⁵⁶

El mismo papel consolador podía desempeñar el Atlántico, mucho más lejos, en el exilio canario de Fuerteventura donde estuvo primero el poeta desterrado:

¿Cuál de vosotras, olas de consuelo
[...]
cuál de vosotras que aviváis mi anhelo
viene del fiero golfo de Vizcaya?⁵⁷

Y Juan Ramón le hacía eco, años después, desde Puerto Rico, con su mar tropical, tan amoroso como el de Moguer, que fue su cuna:

Para acordarme de porqué he nacido,
vuelvo a ti, mar. “El mar que fue mi cuna,

⁵⁵ *La Flamme d'une chandelle* [1961], París, PUF, 1964, 3a ed., cap. II: “La solitude du rêveur de chandelle”, pp. 34-35.

⁵⁶ Miguel de Unamuno, *Poesía completa*, vol. II, Madrid, Alianza Editorial, p. 379

⁵⁷ José Manuel Blecuá, *op. cit.*, p. 251.

mi gloria y mi sustento,
el mar eterno y solo
que me llevó al amor”; y del amor
es este mar que ahora
viene a mis manos, ya más duras,
como un cordón blanco
a beber la dulzura del amor.⁵⁸

“El” mar pero, con Alberti y Unamuno, prefiero “la” mar, más femenina que masculina, curandera y maternal —a pesar de Rubén Darío que la sentía “paternal”⁵⁹—, origen de toda vida por ella mecida, la que con su “agua borra la historia”,⁶⁰ la amargura de las circunstancias, y retrotrae al poeta exiliado hacia amorosos orígenes.

Muelle inmensidad, la mar a lo diminuto de una cuna se puede reducir. Los poetas supieron así adelantarse a lo que observarían luego los psicoanalistas o el propio Bachelard en su fenomenología poética de la materia. Dentro de los primeros, en Francia, Marie Bonaparte consideraba que “el mar es para todos los hombres uno de los mayores, de los más constantes símbolos maternos”⁶¹ y, por su lado, Bachelard, en el capítulo V de *El agua y los sueños* [*L'eau et les rêves*], titulado “El agua materna, el agua femenina”, observaba que “de los cuatro elementos, sólo el agua puede mecer. Ella es el elemento mecedor”.⁶² Así es como Ramón Xirau puede decir, después de haber mencionado su soledad, este consuelo otorgado por el recuerdo mecedor del mar y de la luz de su infancia:

Estoy totalmente solo y el viento es una playa
hecha de luz [...]

⁵⁸ «Espacio», Francisco Giner de los Ríos, *Las cien mejores poetas españolas del destierro*, México, Editorial Signo, 1945, p. 12.

⁵⁹ Cf. “Mar paternal, mar santo”, “Marina”, *Cantos de vida y esperanza*, Madrid, Espasa-Calpe, col. Austral, 1967, p. 116.

⁶⁰ Jean Chevalier, Alain Gheerbrant, *Dictionnaire des symboles* [1969], París, Robert Laffont / Jupiter, col. Bouquins, 1982, p. 377.

⁶¹ Citado por Gaston Bachelard, *L'eau et les rêves*, *op. cit.*, p. 156: “La mer est pour tous les hommes l'un des plus grands, des plus constants symboles maternels”.

⁶² *Ibid.*, p. 177: “Des quatre éléments, il n'y a que l'eau qui puisse bercer. C'est elle l'élément berçant”.

Desconsolado, hoy las brisas tuyas,
suaves y blancas como un cielo de invierno,
mecén mi cuerpo —nada más— si anhelas,
como una cuna de luz, ¡oh mar eterno!⁶³

A partir de lo que es cuna tibia, cerrada, nido pequeño de la vida incipiente, José Moreno Villa, al que en mi opinión no se le presta la debida atención, da un paso más hacia lo diminuto envoltorio y protector, opuesto al exilio que es lo inmenso. Los sueños apacibles que hace brotar la contemplación del mar y del cielo lo llevan hasta la cuna de lo vegetal, al “capullo blando” del que no se sabe si es anterior o posterior al nacimiento. Lo que sí está claro es que corresponde a un estado protegido de cualquier tipo de agresión:

¡Cielo y mar, y mar y cielo!
Inmensos espacios vanos

⁶³ “Estic tot sol...” [“Estoy totalmente solo...”], *L'espill soterrat* [*El espejo enterrado*], *Antología, op. cit.*, pp. 57-58: “Estic tot sol i el vent és una platja / feta de llum. [...] / Desconhortat, avui les teves brises, / febles i blanques com un cel d'hivern, / bressolem el meu cos —res més— si frises, / com un bressol de llum, oh mar etern!” (tr. de Joseph Farré).

por donde rodar el alma
sin camino señalado,
sin esquinas, sin espinas,
sin agruras de malvados,
sin deseos materiales,
sin palabras, encerrado
en la envoltura del sueño,
en aquel capullo blando,
que teje la confianza
para los predestinados.⁶⁴

Volviendo a Ramón Xirau, cuando no dice explícitamente las virtudes mecedoras del mar unido a la luz, el ritmo de su verso las pregona, miméticamente:

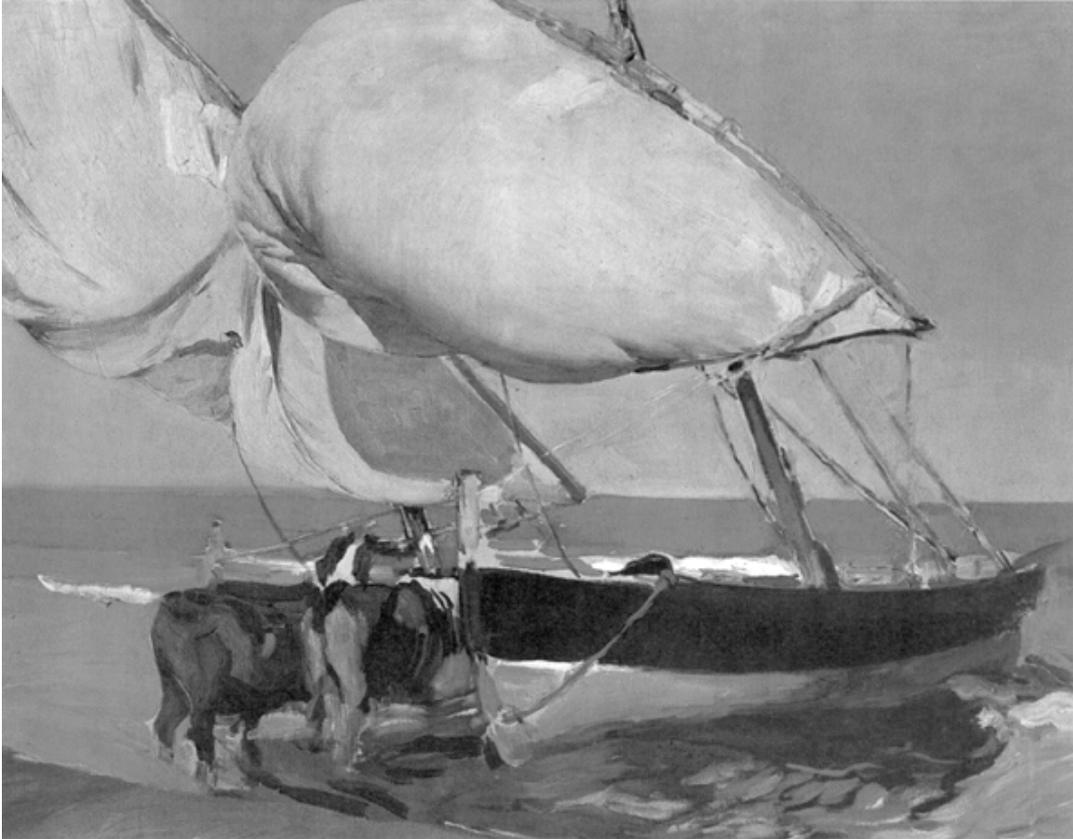
Luz de luz y mar de mar,
rumor de luz y luz de voces
en el grito de las noches, las golondrinas,⁶⁵

⁶⁴ “Embeleso de la confianza”, “Poemas escritos en América. 1938-1947”, *Poesías completas, op. cit.*, p. 493.

⁶⁵ “Llum de llum i mar de mar...” [“Luz de luz y mar de mar...”], *Graons* [*Escalones*], *Antología, op. cit.*, pp. 68-69 (tr. de Joseph Farré).



Joaquín Sorolla, *El balandrito*, 1909



Joaquín Sorolla, *Las velas*, 1916

plasmando en las palabras algo del compás rítmico de olvidadas campanadas —las de su propia “catedral” sumergida—, como lo sugiere también este debussyano verso: “Ahora, ahora tan sólo, campanas, mar, campanas”,⁶⁶ y realizando lo que, desde el Río de la Plata, proclamaba Alberti que, como otros, en el ritmo del mar oía el ritmo de la poesía: “¡El ritmo, mar, el ritmo, el verso, el verso!”⁶⁷ Esa música del mar, “cigarra colosal”⁶⁸ como lo llama Unamuno en bella metáfora oximorónica, no se acaba nunca en el oído del poeta. Unamuno la percibía, hermana de la literatura —“Es música la mar, literatura, / letra la tierra [...]”⁶⁹— y, con buenos o malos presagios, probablemente con mejor oído, era, para Juan Ramón, en “Espacio”, un canto permanente:

Yo oigo siempre esa música que suena
en el fondo de todo, más allá;
ella es la que me llama desde el mar⁷⁰

⁶⁶ *Antología*, op. cit., p. 83.

⁶⁷ “Arión (versos sueltos del mar)”, *Pleamar, Poesía 1939-1963*, op. cit., p. 165.

⁶⁸ *De Fuerteventura a París*, soneto 11, *Poesía completa (2)*, op. cit., p. 304.

⁶⁹ *Romancero del destierro, Poesía completa (2)*, op. cit., p. 384.

⁷⁰ “Espacio”, Francisco Giner de los Ríos, *Las cien mejores poesías españolas del destierro*, op. cit., p. 7.

No nos extrañará que a esta primera equivalencia, ritmo del mar / ritmo del verso (“Oh poesía hermosa, fuerte y dulce, / mi solo mar al fin, que siempre vuelve!”⁷¹ escribía también Alberti), la poesía de Tomás Segovia le añada otra, la completa equivalencia mar / mujer, mujer que se hace deseable cuando el poeta escribe: “mujer oscura y húmeda pantano edénico / [...] / quiero que me humedezcas me ablandes me afemines”.⁷² Lo presentamos en las citas anteriores de Salinas y Bergamín donde el “yo” y el “tú”, el ansia de ver y de contemplar, ya conformaban un ambiente amoroso. En esta dirección, para Moreno Villa, la mar / madre / mujer se hace también amante, en unos versos explícitos:

La mar fue entonces
como mi enamorada.
[...]
y me dijo: “Varón,
aquí tienes mis brazos,
mis senos y mis curvas,

⁷¹ “Retornos de la invariable poesía”, *Retornos de lo vivo lejano, Poesía 1939-1963*, op. cit., p. 536.

⁷² “Dime mujer”, *Historias y poemas*, en Bernard Sicot, *Antología*, op. cit., p. 188.

confía en mi verdad,
vamos a otro rincón,
a otra playa más cálida.”
Y yo seguí su voz.⁷³

Versos en los que, el breve retrato esencial de una mujer amante, pródiga de sus formas turgentes y redondeadas, prometida, aunque púdica, a unas próximas nupcias recatadas, se queda a una prudente distancia de la vertiginosa evocación que del mar, hidra lúbrica, hace Saint-John Perse en *Amerç*, atribuyéndole una “inmensa vulva convulsiva de mil crestas chorreantes”,⁷⁴ o como se puede suponer que aparece detrás de las palabras de un poema de Juan Ramón Jiménez—“Mar”—donde el poeta la ve “como en un parto, / [dándose] a luz [...]”⁷⁵

Los numerosos textos, o poemarios, que los poetas del exilio dedican al mar, tejen por consiguiente una larga cadena isotópica que del mar lleva a la poesía y a la amante. Haré observar que esta cadena, en tres de sus puntos principales —mar, madre, mujer—, va reforzada en castellano con una “m” inicial de claro valor hipocorístico. Esta repetición de la “m” no permite alcanzar, sin embargo, la homofonía que ofrece el francés entre *la mer* [el mar] y *la mère* [la madre], homofonía perfecta que puede favorecer juegos, traviosos, como el (doble, *mer/mère, lieu/lieu*) que Gerardo Deniz se permite en el título de un poema dedicado a José de la Colina, incluyendo, quizás jocosamente, alguna referencia tácita a la atrevida imagen saint-johnpersiana: “20 000 lugares bajo las madres”.⁷⁶ No estoy muy seguro de que este chiste, cada vez menos privado, entre dos eminentes representantes del grupo hispanomexicano, basado en el título (sub)marino de Julio Verne, pueda entrar, aquí, en cuentas. Sin embargo, creo que no nos aleja demasiado de nuestro tema si consideramos que el mar / madre / poesía,

⁷³ “Llamada simbólica”, “Poemas escritos en México. 1938-1955”, *Poesía completa, op. cit.*, p. 638.

⁷⁴ Citado por Jean-Pierre Richard, *Onze études sur la poésie moderne, op. cit.*, p. 78.

⁷⁵ José Manuel Blecua, *op. cit.*, p. 270.

⁷⁶ “20 000 lugares bajo las madres (1973-1974)”, *Ad rede y Gatuperio* [1970, 1978], México, CONACULTA, Lecturas Mexicanas, 1998, p. 133.

en cuanto edén recuperado en el exilio, el “paraíso” azul del que habla Salinas, “sol” del que a ningún exiliado se le puede privar, es también el paraíso de las palabras, otro mar inmenso, otro sol, otra posesión fiel con la que jugar es lícito. Quizás haya aquí, en esta infancia de las palabras juguetonas de Deniz, un motivo —o un (buen) pretexto— para leer en esa dirección unos versos más de Salinas. No apuntan forzosamente a ello pero asumo la total responsabilidad de citarlos aquí y ahora:

¡Cuántas, cuántas tiene el mar,
cuántas alegrías!
[...]
Alegrías que me falten,
él me las fabrica.⁷⁷

Otra alegría que el mar procura es la de unirse fácilmente al recuerdo de la infancia. No sólo por la vinculación arquetípica del mar con los orígenes sino también, simplemente, por la relación que el mar y sus playas pueden tener con la niñez, con los primeros paisajes de luz, sol y arena, en un tiempo demorado que es el de nuestras vacaciones, allá en la infancia. Ese edén que la memoria permite resulta entonces doble: mar y tiempo recobrados. Los poetas de la primera generación del exilio no son ajenos a estas primeras seducciones marinas. Las recuerdan, cumpliendo así con un necesario retorno en el tiempo, retorno que los proyecta hacia periodos vitales edénicos muy anteriores, obviamente, a las circunstancias que motivaron su salida de España. Al bordear las costas andaluzas en uno de sus viajes, Alberti reconoce un mar que le pertenece y que era y sigue siendo un sueño de infancia. Escribe, en el poema “Retornos frente a los litorales”, con énfasis en los posesivos:

Éste es mi mar, el sueño de mi infancia
de arenas, de delfines y gaviotas.⁷⁸

⁷⁷ “Variación IV. Por alegrías”, *Poesías completas, op. cit.*, p. 671-672.

⁷⁸ “Retornos frente a los litorales españoles”, *Retornos de lo vivo lejano, Poesía 1939-1963, op. cit.*, p. 534.

Los numerosos textos, o poemarios,
que los poetas del exilio dedican al mar,
tejen por consiguiente una larga cadena isotópica
que del mar lleva a la poesía y a la amante.

Los ecos de un mar lejano acompañan también a Bergamín como podría hacerlo, al remontar el tiempo, el recuerdo de las campanadas de las iglesias para quien las oyera de niño:

Son los ecos de un mar lejano
los que resuenan en tu sueño
cuando vuelves a lo pasado
la mirada del pensamiento.⁷⁹

Pero me parece que el mar de la infancia está más presente en la poesía de los hispanomexicanos que en la de los poetas anteriores. La explicación podría residir en el hecho, muchas veces observado, de que para todos los que llegaron a México siendo niños o jóvenes adolescentes, lo vivido en España, antes del exilio, se limitó precisamente a la infancia. Una infancia española más o menos corta, a veces imaginada más que recordada, cuya vocación incluye naturalmente, en algunos de ellos, las primeras vivencias a orillas del mar.

En la poesía de Ramón Xirau el mar está casi omnipresente y, a lo largo de los poemas, la reiteración de palabras como playas, luz, brisas, barcas, velas, va construyendo un denso ambiente marino recreado por un poeta que revela haber “crecido en el mar / el campo arado del mar”,⁸⁰ dos versos que, además de confirmar un origen —una patria que volveremos a encontrar—, establecen metafóricamente una fuerte analogía entre mar y tierra, en forma algo parecida a lo que hemos percibido en *Gilgamesh*, Ovidio o, incluso, Max Aub. Con una gran diferencia sin embargo y es que la tierra-mar de Xirau no es ningún desierto improductivo y despojado de vegetación. Incluye el feraz litoral catalán, indisociable del recuerdo del mar en muchos de sus versos. Por consiguiente, hablar de los naranjos, de los pinos, hablar de las “viñas verdes junto al mar”⁸¹ o evocar “[...] ahora sólo viñas, olivares, playas”⁸² es tal vez entrar en relación intertextual con tal o cual poema de Juan Maragall⁸³ pero es más que recurrir a un simple tropo metonímico que supondría que hablar de la vegetación del litoral es, por contigüidad, hablar del mar (y viceversa). Creo que la visión memorial de Xirau es más metafórica. Superpone, junta, lo vegetal y lo marino, aún los dos íntimamente. Intenta apre-



Joaquín Sorolla, *Pescadoras valencianas*, 1915

henderlos en la misma mirada regresiva hacia el paraíso anfibio de la infancia, como en estos dos versos:

El mar como siempre que no hay levante
Es transparente y se mira en medio de las viñas.⁸⁴

Hecho naturalmente de agua y de vegetación, ese edén acumulativo reúne, además, los valores cromáticos que lo caracterizan, el verde y el azul, colores paradisiacos: “Mar azul, lirio azul, [...]”,⁸⁵ “campo verdísimo / de Memoria”.⁸⁶ Y este paisaje de mar y tierra, perdido y recobrado por la memoria, se transforma así en un insistente esbozo pictórico con sus tonalidades domi-

⁷⁹ *La claridad desierta*, Turner, Madrid, 1996, p. 14.

⁸⁰ “Aquest mar”, *Antología, op. cit.*, p. 86: “He crescut en el mar / el camp arat del mar”.

⁸¹ “El mar, com sempre que no hi garbí...” (1er verso), *ibid.*, p. 91: “Vinyes verdes vora el mar”.

⁸² *Ibid.*, p. 92: “Per ara només vinyes, oliveres, platges”.

⁸³ Cf. “Otras visitas al mar”: “Y dos cosas hay / que al mirarlas juntas / me hacen suspirar: / el verde de los pinos, / el azul del mar”; “¡Cielo azul! ¡ Mar azul, playa desierta, / amarilla de sol! [...]” (José Manuel Blecua, *op. cit.*, pp. 240-241).

⁸⁴ *Antología, op. cit.*, p. 91.

⁸⁵ “De quina matèria ets feta?”, *Antología, op. cit.*, p. 56: “Mar blava, lliri blau, [...]”

⁸⁶ “Memòria”, *ibid.*, p. 77: “camp verdíssim / de Memòria”.



Joaquín Sorolla, *Descargando la barca* (detalle), s/f

nantes. Hay, en la poesía de Ramón Xirau, algo de esos pintores levantinos para quienes la luz y el color son los componentes principales, a menudo más que los contornos o las formas. Sobre todo sí, y es el caso, esos dos colores dominantes los ilumina un sol de atardecer cuyo oro va tiñendo las “olas doradas de la tarde”⁸⁷ o las penetra de viva luminosidad, como en Sorolla o en algunos cuadros de Ramón Gaya —con o sin tema marino— haciendo que el mar se transparente⁸⁸ o beba la luz generosa que un verso, como “Llum de llum e mar de mar” me parece sugerir con éxito. Este verso, ya citado anteriormente en castellano, prefiero dejarlo ahora en catalán, lengua en la que me parece resaltar con más fuerza la intensidad de la luz mediterránea. En “llum de llum”, la “ll” palatal catalana, repetida, resulta más contundente, más explosiva, que la simple líquida “l” del castellano y resuena, suavizándose en seguida con la “m” final, envolvente, además de hipocorística, como varias veces se ha señalado. “Llum”, en su brevedad monosilábica, con una “u” tan bien rodeada, limitada por

⁸⁷ “Platja del món”, *ibid.*, p. 63: “ones dourades de la tarda”.

⁸⁸ “Sóller”, *ibid.*, p. 84: “Sóller / Sóller, els pins / i, transparent, / el mar / [...]”

sus dos consonantes, ya es en sí y por sí sola un icono gráfico y sonoro de la “cuna de luz” de la que habla el poeta. Sin embargo, a pesar de su marcado anclaje geográfico, no hay que olvidar que el mar de Xirau es también el que baña las islas de Grecia, otra cuna, pero de la civilización y de la filosofía —“griegas las islas”⁸⁹ recuerda el poeta— con ubicación histórica además de geográfica: de ahí, en cierta forma, la acentuada profundidad del mar de Ramón Xirau. Y me gusta imaginar que algo de esa profundidad reconociera el poeta en otro mar, diminuto, mediterráneo y mexicano, el lago de Pátzcuaro, con sus islas, sus barcas y pescadores, a los que dedicó, así como a su padre, el filósofo Joaquín Xirau, el poema titulado “Vasco de Quiroga”.⁹⁰

Otros poetas hispanomexicanos recuerdan también el mar del origen: Francisca Pe rujo, para quien

[son] lugares [suyos]
[...]
la arena de la orilla
y los barcos del mar;⁹¹

Enrique de Rivas, que evoca

[...] la clara verdad del mar estivo;⁹²

José Pascual Buxó, que escribe, aludiendo tal vez a algo menos idílico:

Era mi casa un fruto bienoliente,
[...]
y más lejos el mar, sonoro y repetido;
mar y velas oscuras,
crujidoras,
altas y desplegadas
como en un sueño frío.⁹³

Obviamente, no encontraremos en la obra de Gerardo Deniz, tan poco dado al lirismo de las reminiscencias, ningún recuerdo de inexistentes playas españolas o ginebrinas. Sin embargo, en los primeros versos de un largo poema recuerda sus pasos iniciales por la colonia Cuauhtémoc —lugar probable de su verdadero origen—, descubierta después de una especie de maremoto, recién lavada por diluvianas lluvias, como si se hubieran desbordado los abundantes ríos de sus calles, en el verano de 1942, fecha de su nacimiento mexicano:

⁸⁹ “Paraules”, *ibid.*, p. 69: “griegues las illes”.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 75.

⁹¹ “Alguna identidad”, *ibid.*, p. 361.

⁹² “Costas de España”, *ibid.*, p. 309.

⁹³ “Allí donde ya mueven...” (1er verso), *ibid.*, p. 286.

Flamantes las mañanas por este rumbo de ríos.
 El barrio emergió de las aguas en vísperas de que yo
 [llegase:
 fue un diluvio que encontré resuelto
 (y hasta lo empezaban a agradecer, me parece).⁹⁴

Queda claro que quien escribe estos versos también emerge, nace, de aguas mexicanas. Lo cual deja suponer que su llegada a una colonia, tan simbólica además por su nombre, no se debe a ningún naufragio exílico.

Pero, Angelina Muñiz-Huberman, Federico Patán y Jomi García Ascot son, dentro del mismo grupo, los poetas que más guardan, con Ramón Xirau, y a pesar de su breve edad en el momento de salir hacia el exilio, el recuerdo del mar de la infancia. La primera, Angelina Muñiz, desde la Ciudad de México donde siente que “[no haya] agua que corra, / [...] agua que brote [...]”, lo echa de menos, ella que “[nació] de cara al mar”,⁹⁵ en Hyères, pueblo francés a orillas del Mediterráneo y cuya más tierna infancia se desarrolló en la isla de Cuba, en un lugar cercano al mar tropical. La presencia del mar, en la poesía de Angelina Muñiz, se manifiesta en muchos poemarios pero se hace más notable en un bello poema titulado “Los mares” en el cual evoca sus distintos mares, reales o metafóricos y, especialmente, los dos primeros, el de Hyères y el de Cuba, en sendas estrofas en las que la memoria de los colores, los olores y las vegetaciones tiene más que ver con la ensoñación y la imaginación que con el recuerdo. También es significativo que incluyan estas estrofas las palabras “nacimiento”, “infancia” y, en suspenso, una callada respuesta a una pregunta que puede ser, más que señal de confusión memorial, aceptación de un mestizaje:

Mar primero:
 Mar en espejo: soñado: entrevisto alguna vez
 Color estático de agua mediterránea
 Color de nacimiento.
 ¿Palmas o pinos?
 Mar segundo:
 Mar adivinado: huele de lejos: ciego
 Color revuelto de agua atlántica
 Que rodea la isla
 Color de infancia.
 ¿Palmas o pinos?⁹⁶

En la poesía de Federico Patán, asturiano de origen, se explora un abundante campo léxico marino: naves,

“veleros muertos”⁹⁷ o “en marcha”⁹⁸ surcan sus versos. El poeta exiliado reconoce “la pobre condición de su naufragio”.⁹⁹ Lo atan anclas, brújulas engañosas lo alejan de orillas, litorales anteriores, “playa de brumas”¹⁰⁰ o “tibias arenas”.¹⁰¹ Pero lo más característico de este marinero astur, varado en el D. F., quizás sea un cromatismo donde el verde es el color casi exclusivo. Un verde del norte de la Península que, por ser atlántico, no puede enriquecerse con el azul y el oro del Mediterráneo, tan presentes en la poesía de Ramón Xirau. Un verde de pinos, no de viñas, del mar y del litoral asturianos, de las “verdes rías” de una infancia difícilmente recordable, un verde más oscuro, pero que no deja de remitir a una voluntad de origen del que, desde el lugar donde escribe, el poeta podría dudar, como en estos tres versos:

Aquí, olvidado por el verde y líquido
 origen de la sangre,
 náufrago absoluto y cabal de cualquier puerto.¹⁰²

En cuanto a Jomi García Ascot, su poesía canta “el mar recommenzado”,¹⁰³ a lo Paul Valéry, o, a lo Baudelaire, el mar, literalmente camino de libertad o, metafóricamente, vía del ensueño: “¡Oh libertad, nostalgia del mar verde”,¹⁰⁴ verde pero liberado de los peligros que antaño le confería Glauco, mar parecido “[al] otro vasto mar, el de tu sueño”.¹⁰⁵ Y es tan fuerte la añoranza del mar que su poesía incluye, aún, en el mismo recuerdo feliz, no sólo el Mediterráneo conocido de niño en Túnez, probablemente parecido al de Ramón Xirau,

Hubo una vez todo este sol
 [...]
 sobre un azul de radas,¹⁰⁶

con “lejanos cargueros” que ya invitaban al viaje, sino también el Mar del Norte. Mar poco hospitalario, frío, ventoso, sin transparencias azules o doradas, que, desde Lille, ciudad francesa donde su padre fue cónsul de la República española, frecuentaba en La Panne, playa turística del litoral belga. Las dunas, los “veleros de la playa” son recordados con felicidad, lo mismo que, paradójicamente,

⁹⁷ “Memoria de la primera voz”, *ibid.*, p. 409.

⁹⁸ “porque en el fondo”, *ibid.*, p. 417.

⁹⁹ “En paisaje de amor caigo encendido”, *ibid.*, p. 422.

¹⁰⁰ “Jornadas”, *ibid.*, p. 426.

¹⁰¹ “Amanecer 1939”, *ibid.*, p. 434.

¹⁰² “Bienvenido en tono azul”, *ibid.*, p. 410.

¹⁰³ “Presencia”, *ibid.*, p. 152.

¹⁰⁴ “Libertad”, *ibid.*, p. 170.

¹⁰⁵ *Ibid.*

¹⁰⁶ “Hubo una vez” (1er verso), *ibid.*, p. 162.

⁹⁴ “Verano de 1942”, *ibid.*, p. 335.

⁹⁵ “Reconciliación”, *ibid.*, p. 383.

⁹⁶ “Los mares”, *ibid.*, p. 387.

El mar, azul oscuro, azul glacial y plomo,¹⁰⁷

perdido para siempre. A pesar de haber reencontrado, luego, en el mar caribeño, “los goces del espacio, del agua y de la sal”,¹⁰⁸ tan fuerte es el recuerdo de infancia que siempre añorará, transformado quizás por el perfume de la lejanía, el mar poco grato del litoral belga:

Ot ros mares he visto desde entonces, y su insolente azul zumba en mis mediodías.
Pero no he vuelto a ver las largas dunas, las queridas dunas mover su oscura cresta
bajo el viento de sal, de infancias y de norte.¹⁰⁹

* * *

Obviamente, este texto no puede pretender abarcar la totalidad de la variadísima temática marina en los poetas del exilio republicano español. Sin embargo, antes de darla por terminada, no por arquetípico, universal y milenario, estaría de más observar cómo también se plasma en el mar el símbolo del final del viaje o sea la muerte y el olvido. Angelina Muñoz evoca así, en forma ambivalente, “[...] el barco que nos llevaba / [...] / sin retorno y a la deriva”;¹¹⁰ César Rodríguez Chicharro habla de “[...] un apetito oscuro de bogar por la Nada”¹¹¹ o de “[ser] un cuerpo tendido entre las olas”;¹¹² Luis Rius, al que no he solicitado hasta ahora, se ve, exiliado, afectado por una muerte prematura en la que el mar representa su papel de gran a-isladora, de marea de olvido:

Desterrado en el tiempo
como en isla infinita,
sin retorno. Exiliado
[...]

¹⁰⁷ “La Panne”, *ibid.*, p. 171.

¹⁰⁸ “Dos infancias”, *ibid.*, p. 174.

¹⁰⁹ “La Panne”, *ibid.*, p. 172.

¹¹⁰ “Maldición”, *ibid.*, p. 389.

¹¹¹ “Dolor”, *ibid.*, p. 262.

¹¹² *Ibid.*, p. 263.

Olvidada en el mar
me dejé yo la vida.¹¹³

Las vidas de los poetas del exilio van a dar a la mar, como todas. Pero, en su poesía le añaden un matiz importante al gran tema manriqueño y es que el exilio en el espacio que los caracteriza —el del tiempo es universal— cualquiera que sea su tierra de recaída, ya es un mar, un océano —“lo inmenso”¹¹⁴ diría García Ascot—, “[...] el gran mar del olvido”,¹¹⁵ en una bella fórmula de Enrique de Rivas. Muchos de ellos, tan ligados al mar, desde el origen, la infancia, el viaje transatlántico, sus naufragios metafóricos, al ir hacia el mar último vuelven hacia su origen. No son polvo que vuelve al polvo: son agua que vuelve al agua. Su recorrido vital puede ser el del nómada como en el caso de Tomás Segovia, pero también es el del navegante, condición que sigue siendo la de este poeta en “[su] vieja barca aventurera”,¹¹⁶ barca que lo lleva todavía en “[sus] largos viajes a bordo del olvido [...]”¹¹⁷ Tanta familiaridad con el elemento marino no deja de tener consecuencias y lleva a una metamorfosis acuática que puede tener relación con la muerte, desintegración en el gran todo: “soy agua y me muevo por el agua / agua mi piel agua mi cuerpo”¹¹⁸ escribe Manuel Durán, a coro con Tomás Segovia que, en un poema de 1946, proclamaba:

Yo soy mar y navegante
al mismo tiempo
y no puedo conocer
todas mis aguas.¹¹⁹

¹¹³ “Desterrado en el tiempo...” (1er verso), *ibid.*, p. 248.

¹¹⁴ “Del exilio”, *ibid.*, p. 157.

¹¹⁵ “Ciervo herido”, *ibid.*, p. 323.

¹¹⁶ “Como diría Coleridge”, *ibid.*, p. 217.

¹¹⁷ “Climas”, *ibid.*, p. 198.

¹¹⁸ “El agua se mueve”, *ibid.*, p. 115.

¹¹⁹ “Navegante”, *ibid.*, p. 179.

Las vidas de los poetas del exilio van a dar a la mar,
como todas. Pero, en su poesía le añaden
un matiz importante al gran tema manriqueño
y es que el exilio en el espacio que los caracteriza
—el del tiempo es universal— cualquiera que sea
su tierra de recaída, ya es un mar, un océano...

Joaquín Sorolla, *Al agua*, 1909

Este como deseo de mar que puede llegar a ser también deseo de muerte —por lo menos así es como lo leo— lo volvemos a encontrar en Emilio Prados, que tanto influenció a los hispanomaxicanos que lo conocieron aquí, en México. En varios textos del poeta malagueño, se reitera insistentemente esa identificación cumplida con el mar, afirmada en breves cláusulas asertivas —“soy mar”¹²⁰— o exclamativas: “¡Mi cuerpo es el mar!”¹²¹ “¡Soy el mar! ¡Del mar desciendo!”¹²² Identificación otras veces sólo anhelada: “¡Mar quiero ser! ¡Mar quiero ser!”¹²³ pero casi siempre resultado de una llamada, una atracción, un deseo de muerte: “Me llama el mar y al mar entro”,¹²⁴ “¡Me pulsa el mar! ¡Me pulsa el mar cantando!”¹²⁵ “¡La muerte, la muerte: el mar!”¹²⁶

Desde *Gilgamesh* y Ovidio, conocíamos otra equivalencia, la de la tierra (preferentemente desérti-

ca) y del mar. Prados la vuelve a formular: “el mar es tierra”¹²⁷ afirma. Y pregunta: “¿La tierra es mar?”¹²⁸ Probablemente y más todavía para todos esos exiliados nostálgicos que, privados de un suelo, tanto tuvieron que ver con el elemento marino. Hasta tal punto que el mar se identifica para ellos con el exilio o, mejor, se transforma —como los astros celestes de Pietro Bacci— en una nueva y “verdadera” patria que el ensueño poético modula en múltiples representaciones, corroborando así a Juan Ramón Jiménez, otro buen y gran conocedor del tema, cuando escribía: “Para el exiliado, la tierra mejor, el terreno único de su patria es la mar [...], patria universal. [...] El fin del mar es nuestro fin”.¹²⁹ Su a ve patria si estamos de acuerdo en reconocer, con Angelina Muñoz, en el término “exilio”, “[una] suave palabra fluctuante, líquida”.¹³⁰ **U**

¹²⁰ “Mar como el mar”, *Poetas completas*, Madrid, Visor Libros, 1999, ed. a cargo de Carlos Blanco Aguinaga y Antonio Carreira, t. II, p. 111.

¹²¹ “Cruz del mar, II”, *ibid.*, p. 115.

¹²² *Ibid.*, p. 116.

¹²³ “Nombres del mar, IV”, *ibid.*, p. 173.

¹²⁴ “Cruz del mar, III”, *ibid.*, p. 116.

¹²⁵ “Nombres del mar, IV”, *ibid.*, p. 173.

¹²⁶ “Cruz del mar, III”, *ibid.*, p. 117.

¹²⁷ “Jardín en medio”, III, *ibid.*, p. 367.

¹²⁸ *Ibid.*, p. 367.

¹²⁹ *Selección de prosa lírica*, Madrid, Espasa Calpe, col. Austral, ed. de Francisco Javier Blasco Pascual, p. 349.

¹³⁰ Angelina Muñoz-Huberman, *El canto del peregrino. Hacia una poética del exilio*, Associació d'Idees-GEXEL/Universidad Nacional Autónoma de México, San Cugat del Vallès (Barcelona), 1999, p. 181.